

ESCENA XI.

JUANA, DUNOIS y LA-HIRE.

LA-HIRE.—¡Vive! ¡Aquí está!

DUNOIS.—¡Nada temas, Juana! Tus amigos más poderosos están á tu lado.

LA-HIRE.—¿No es Lionel el que huye?

DUNOIS.—¡Déjalo huir! Juana, la buena causa triunfa. Reims abre sus puertas, y todo el pueblo, aclamándolo, sale al encuentro del Rey.

LA-HIRE.—¿Qué ha sucedido á la Doncella? Palidece y vacila. (Juana aparece próxima á desmayarse.)

DUNOIS.—Está herida... ¡quítala la coraza!... Es en el brazo, y parece ligera la herida.

LA-HIRE.—¡La sangre corre!

JUANA.—¡Dejadla correr con mi vida! (Cae desmayada en los brazos de La-Hire.)

ACTO IV.

Salón suntuoso y adornado.
Las columnas están rodeadas de guirnaldas. Oyense detrás de la escena flautas y clarinetes.

ESCENA PRIMERA.

JUANA.

JUANA.—Descansan las armas, y no se oye ya el estrépito de la guerra; á las batallas sangrientas suceden el canto y el baile. En todas las calles suenan músicas alegres, y los altares y las iglesias se ostentan engalanados. Verdes ramas adornan las puertas, y guirnaldas cercan á las columnas. La gran ciudad de Reims apenas puede hospedar á tantos curiosos como llegan para asistir á las fiestas populares.

Igual y exaltada alegría inunda todos los corazones, y una misma idea flota en todos los entendimientos, y quienes ha poco se odiaban mortalmente, comparten ahora la dicha general. Quien sea francés, estará hoy más orgulloso de serlo, porque se renueva el brillo de la antigua corona, y porque Francia rinde homenaje al hijo de sus Reyes. Yo, sin embargo, que he llevado á cabo esta empresa,

ni me siento conmovida, ni participo de tan universal júbilo. Mi corazón está trocado y distraído, y huye de estas fiestas, para volar al campamento de los ingleses. Mis miradas vagan por donde están mis enemigos, y he de evitar este alegre concurso de gentes, para ocultar la grave culpa que me atormenta.

¿Quién? ¿Yo? ¿Yo llevo en mi pecho puro la imagen de un hombre? Este corazón, lleno de gloria celestial, ¿ha de latir á impulsos de un amor terrestre? ¿Yo, la salvadora de mi patria, la guerrera de Dios Omnipotente, abrasarme por un enemigo de mi patria? ¿Me atrevo á decirlo á la faz del sol, y no morir de vergüenza? (La música, detrás de la escena, hace oír una melodía dulce y seductora.)

¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Qué sonidos! ¡Cómo me deleitan! ¡Cada uno de ellos me recuerda su voz como por encanto, y me retrata su rostro!

¡Que yo no escuchase el fragor de la batalla y el choque de las lanzas, para que el ardor de la pelea encendiese mi ánimo! De nuevo me dominaría mi coraje.

Estas voces, estos ruidos embargan mi mente. Todas mis fuerzas se desvanecen ante lánguidos deseos, y se truecan en lágrimas melancólicas. (Con más animación, después de una pausa) ¿Debía matarlo? ¿Podía, después de haberlo visto? ¡Matarlo! Antes me hubiese atravesado yo misma. ¿Y soy culpable, porque soy flaca? La compasión ¿es pecado?... ¡Compasión! ¿Diste su voz, y la de la humanidad, cuando inmolaba á tantos tu espada? ¿Por qué enmudeciste cuando el mancebo del país de Gales, tierno joven, te pedía suplicante la vida? ¡Corazón engañoso! Mientes sin pudor, sin hacer caso de la eterna luz, y no es la voz de la piedad la que te inspira!

¿Por qué he mirado yo sus ojos? ¿Por qué he contemplado las facciones de su noble rostro? ¿Con esa mirada comenzó tu crimen, desdichada! Dios exigía que yo fuese un

ciego instrumento, y había de serlo con los ojos cerrados. En cuanto los abriste, te abandonó la protección divina, y te estrecharon las serpientes del Averno. (Las nautas suenan de nuevo, y se deja dominar de su tierna melancolía.) ¡Cayado querido! ¡Oh! ¡Nunca debiera trocarte por la espada! ¡Jamás debía yo haber escuchado las armonías de la sagrada encina! ¡Ojalá que nunca me hubieras aparecido, celestial Reina del cielo! ¡Toma tu corona, tómala; yo no puedo merecerla!

¡Ah! Yo he visto el cielo abierto; yo he visto el rostro de los bienaventurados; y, sin embargo, mi esperanza es terrenal, y ya no se dirige al cielo! ¡Ojalá que no me confiaras esta misión terrible, porque yo no podía endurecer mi corazón, cuando Dios mismo lo hizo sensible!

¡Si quieres manifestar tu poder, elige á quienes, exentos de pecados, habitan en tu mansión eterna; envía tus ángeles puros é inmortales, que no sienten ni lloran! No elijas una flaca doncella, no el alma frágil de una pastora.

¿Qué me importaba la suerte de las batallas ni las contiendas de los Reyes? Inocente apacentaba yo mis cordeles en los tranquilos collados de la montaña; pero me arrastraste á los torbellinos de la vida y á los suntuosos salones de los Príncipes, para hacerme culpable. ¡Ay de mí! Yo no lo hubiera elegido.

ESCENA II.

JUANA e INÉS SOREL.

INÉS. (Que entra muy conmovida; y al ver á Juana, corre y la abraza. De pronto se queda pensativa, la suelta, y se prosterna de rodillas ante ella.)—¡No; no así! ¡Aquí, en el polvo, ante tí!...

JUANA. (Queriendo levantarla.)—¡Levantaos! ¿Cómo, pues...? ¡Olvidáis lo que sois, y lo que soy yo?

INÉS.—¡Déjame! La vehemencia de mi alegría me obliga á arrojarle á tus pies... Mi corazón, que rebosa de gratitud, ha de desahogarse ante Dios, y, siendo invisible, lo adoro en tí. Tú bres el ángel, que ha llevado á Reims á mi señor, y que le has dado su corona. Lo que ni en sueños había imaginado, se realizó ya. La fiesta de la coronación se prepara; el Rey, revestido de todas sus galas, ha reunido los pares y grandes del reino, para que lleven las insignias reales: el pueblo acude en tropel á la catedral, y suenan los cánticos, y tocan las campanas. ¡Oh! Yo no puedo sufrir tanta dicha. (Juana la levanta con dulzura; Inés se detiene un momento, y examina con atención á Juana.) Pero tú sigues siempre formal y grave, y puedes conceder la felicidad, y no compartirla. Tu corazón es frío; tú no participas de nuestros goces; has contemplado la gloria celestial, y no hay dicha terrestre que te conmueva. (Juana toma su mano con emoción, y la abandona en seguida.) ¡Oh! ¡Si tú fueras mujer, y pudieras sentir! Deja esa armadura; ya no hay guerra; confiesa que perteneces á un sexo más amable. Mi corazón cariñoso se aleja asustado de tí mientras te asemejas á la austera Palas.

JUANA.—¿Qué exigís de mí?

INÉS.—¡Que te desarmes! ¡Despójate de esa armadura! El amor teme acercarse á ese pecho, cubierto de hierro. ¡Oh! Sé mujer, y sabrás lo que es amor.

JUANA.—Desarmarme yo ahora! ¡Ahora! ¡A la muerte ofrecería yo ahora mi pecho en la batalla! Ahora no... ¡Ojalá que tuviese yo ahora siete armaduras para defenderme de vuestras fiestas y de mí misma!

INÉS.—Te ama el Conde Dunois. Su alma noble, sólo accesible á la gloria y á las virtudes heroicas, arde por tí en sagrada llama. ¡Oh! Es grato verse amada de tan gran

héroe... más grato aún el amarle. (Juana se vuelve con disgusto.) ¡Tú lo odias!... ¡No, no; podrás acaso no amarle... nunca aborrecerlo! Se odia solamente al que nos arrebató un sér querido; pero tú no quieres á nadie. Tu corazón está en paz... si pudiera sentir...

JUANA.—¡Compadece-me! ¡Deplorad mi suerte!

INÉS.—¿Qué puede faltar á tu dicha? Has cumplido tu palabra, y Francia está libre; has traído victorioso á tu Rey hasta la ciudad, en que se coronan los soberanos franceses, y ganado gloria inmarcesible. Te acata y vitorea un pueblo feliz; tus alabanzas salen de todos los labios á porfía; tú eres la reina de estas fiestas, y el mismo Rey, con su corona, no brilla más que tú.

JUANA.—¡Ojalá que pudiera esconderme en lo más profundo de la tierra!

INÉS.—¿Qué tienes? ¡Qué emoción tan singular! ¡Quién podrá ver tranquilo este día, si tú has de bajar tus ojos? ¡Yo he de ruborizarme; yo, tan pequeña junto á tí, que no puedo compararme contigo por tu firmeza heroica, por tu elevación innegable! ¡He de confesarte yo misma mi flaqueza?... Ni la gloria de mi patria, ni el nuevo esplendor del trono, ni la alegría y las victorias del pueblo preocupan á mi débil corazón. Una sola idea lo llama por entero; sólo tiene espacio para ella; el adorado y aclamado por el pueblo, el bendecido por él, aquel en cuyo loor derrama flores, es mío, es mi amado.

JUANA.—¡Oh! ¡Tú eres feliz! Yo te declaro bienaventurada. Amas á quien todos aman. Te atreves á abrir tu corazón, á expresar en voz alta tu entusiasmo, á manifestarlo entre todos. Esta fiesta nacional lo es también de tu amor, y todos los pueblos, infinitos, que se oprimen gozosos dentro de estas murallas, comparten tus sentimientos y lo aprueban. Te vitorean, te coronan de guiraldas; tu placer es el de todos; quieres al que llena á todos de júbilo, al

sol, y, cuanto ves, brilla con los resplandores de tu amor.

INÉS. (Abrazándola.)—¡Oh! ¡Tú me encantas; tú me comprendes perfectamente! No yo á tí; tú sabes lo que es amor, y lo que yo siento lo expresas tú enérgicamente. Mi corazón se despoja de su miedo y de su timidez, y sale á tu encuentro lleno de confianza.

JUANA. (Arrancándose con violencia de sus brazos.)—¡Dejadme! ¡Alejaos de mí! No os manchéis con mi contacto. Sed feliz; andad, y yo envolveré en las más profundas tinieblas mi desventura, mi oprobio y mi horror...

INÉS.—Me asustas y no te entiendo. Sin embargo, no te he entendido nunca. Tu carácter oscuro y profundo ha sido siempre un misterio inexplicable para mí. ¿Quién podría penetrar ahora en tu inocencia, y en los motivos que espantan á tu tierna pureza?

JUANA.—¡Tú eres la inocente; tú la pura! Si vieres mi interior, rechazarías aterrada á esta enemiga, á esta perjura.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y DUNOIS, DUCHATEL y LA HIRE, con el estandarte de JUANA.

DUNOIS.—¡Te buscan, Juana! Todo está preparado. El Rey nos envía, porque quiere que tú le precedas con la bandera sagrada. Irás en el séquito de los Principes, y la más inmediata al Monarca, porque él no niega, y todos lo confiesan, que es sólo tuyo el honor de tan fausto día.

LA HIRE.—¡Aquí está la bandera! ¡Tómala, noble doncella! Los Principes esperan, y el pueblo está impaciente.

JUANA.—¡Precederle yo! ¡Llevar yo la bandera!

DUNOIS.—¿Y quién mejor ha de llevarla? ¿Qué mano hay más pura para sostener tan sagrada insignia? La hiciste flotar en las batallas; llévala ahora como ornamento en esta solemnidad pacífica. (La Hire hace ademán de entregársela, y ella retrocede temblando.)

JUANA.—¡Dejadme, dejadme!

LA HIRE.—¿Qué tienes? ¿Te asustas de tu misma bandera?... ¡Mírala! (La desarrolla.) Es la misma que llevaste victoriosa. La Reina del cielo está representada en ella, cerniéndose sobre un globo terrestre, como te lo había prescrito antes.

JUANA. (Mirándola con terror.)—¡Ella es! ¡Así exactamente se me apareció! ¡Mirad cómo me contempla y arruga su ceño, y cuán coléricos se muestran sus ojos!

INÉS.—¡Oh! Juana está fuera de sí! ¡Vuelve en tí! ¡Serénate! No es real lo que ves. Es una imitación terrestre de esa imagen, pero ella misma está entre los coros de ángeles.

JUANA.—¿Vienes, Virgen temible, á castigar á tu criatura? ¡Castigame, aniquilame; toma tu rayo, y hazlo caer sobre mi cabeza culpable! ¡He faltado á mi voto, la he profanado, he sido perjura á tu santo nombre!

DUNOIS.—¡Ah de nosotros! ¿Qué es esto? ¿Qué funestas palabras!

LA HIRE. (Admirado, á Duchatel.)—¿Comprendéis tan extraña emoción?

DUCHATTEL.—Ya lo veo, y ha largo tiempo que lo temía.

DUNOIS.—¿Cómo? ¿Qué decís?

DUCHATTEL.—No me atrevo á expresar lo que pienso. ¡Ojalá que esto hubiera ya sucedido, y que el Rey estuviera coronado!

LA HIRE.—¿Qué decís? ¿Acaso el horror, que inspira esta bandera, cae de rechazo sobre ella? Los ingleses tiemblan ante este signo y todos los enemigos de Francia, y sin

embargo infunde valor á los fieles ciudadanos franceses.

JUANA.—Sí; tienes razón. Es grato á los amigos y siempre el espanto en los enemigos. (Se oye la marcha de la coronación.)

DUNOIS.—Toma, pues, la bandera! ¡Tómala! Comienza la procesión, y no hay que perder un momento. (Presentan á Juana la bandera; ella la rehusa; pero la lleva al fin, y los demás la siguen.)

ESCENA IV.

La escena representa una plaza grande, delante de la catedral. Los espectadores llenan el fondo del teatro, y entre ellos aparecen BERTRAND, CLAUDIO MARÍA y ESTEBAN, y detrás MARGARTA y LUISA. A lo lejos se oye la marcha de la coronación.

BERTRAND.—¡Oid la música! ¡Son ellos! ¡Ya se acerca! ¿Qué será lo mejor? ¿Subimos á la plataforma, ó penetramos entre la muchedumbre, para no perder nada del espectáculo?

ESTEBAN.—No se puede pasar. Las calles están llenas de gente, de caballos y de coches. Acerquémonos á esas casas, y desde ellas lo veremos todo cuando pasen.

CLAUDIO MARÍA.—¿Es posible que se haya reunido aquí la mitad de Francia? Tanta es la concurrencia, que hasta nosotros hemos dejado el remoto país de la Lorena por presenciar esta fiesta.

BERTRAND.—¿Quién podrá quedarse tranquilo en un rincón, cuando tan portentosos sucesos ocurren en nuestro país? Bastante sangre y bastantes sudores ha costado coronar al Rey legítimo. Menester es que nuestro Monarca

verdadero, á quien damos ahora la corona, no tenga peor acompañamiento que el otro de París, coronado en San Dionisio. No es buen francés el que huya de aquí, y no grite: ¡Viva el Rey!

ESCENA V.

Los MISMOS, y MARGARITA y LUISA que llegan.

LUISA.—¡Vamos á ver á nuestra hermana, Margarita! ¡El corazón me late sobremanera!

MARGARITA.—La veremos en toda su gloria y en todo su esplendor, y diremos: ¡Es nuestra hermana!

LUISA.—Hasta que no la vea, no puedo creer que esa mujer poderosa, que se llama la Doncella de Orleáns, sea nuestra hermana Juana, que perdimos. (La procesión se acerca.)

MARGARITA.—¿Dudas todavía? ¡La verás ahora!

BERTRAND.—¡Atención, que ya llegan!

ESCENA VI.

Flautas y clarinetes suenan á la cabeza de la procesión; siguen niños, vestidos de blanco, con ramos en la mano. Detrás de éstos dos heraldos, y luego alabarderos, y magistrados con togas. Después, dos mariscales con su bastón, el Duque de Borgoña trayendo la espada, Dunois el cetro, y algunos grandes con la corona, el globo y la mano de la justicia, y otros con ofrendas. A continuación caballeros de distintas órdenes, niños con incensarios, dos Obispos con el santo óleo, y el Arzobispo, con su crucifijo, y

junto á él Juana, con la bandera, llevando los ojos bajos, y con paso vacilante. Sus hermanas, al verla, manifiestan su sorpresa y su alegría. Detrás de ella viene el Rey bajo un solio, sostenido por cuatro Barones, y acompañado de palaciegos. Soldados cierran la procesión. Cuando el Rey entra en la iglesia, calla la música.

ESCENA VII.

LUISA, MARGARITA, CLAUDIO MARÍA, ESTEBAN y BERTRAND.

MARGARITA.—¿Has visto á nuestra hermana?

CLAUDIO MARÍA.—¿La que llevaba una armadura de oro, y una bandera delante del Rey?

MARGARITA.—¿Era ella! ¿Era Juana, nuestra hermana!

LUISA.—Y no nos ha conocido! ¡No imaginaba que estaba tan cerca de nosotras! Miraba al suelo, y parecía pálida, como si temblara bajo su bandera... Yo no me he alegrado de verla.

MARGARITA.—Así, yo he visto á nuestra hermana, rodeada de pompa y de grandezas... ¿Quién, ni aun en sueño, hubiera pensado, cuando apacentaba en las montañas sus rebaños, que la habíamos de contemplar de esta manera tan brillante!

LUISA.—Se ha cumplido el sueño de nuestro padre, de que nos prosternáramos en Reims ante nuestra hermana. Esa es la iglesia, que vió también, y todo se ha realizado hasta ahora. Pero á mi padre se presentaron además otras tristes apariciones. ¡Ah! ¡Siento haber sido testigo de las grandezas de Juana!

BERTRAND.—¿Qué hacemos aquí ociosos? Vamos á la iglesia á asistir á la sagrada ceremonia.

MARGARITA.—¡Sí, vamos! Quizás encontremos allí de nuevo á nuestra hermana.

LUISA.—Ya la hemos visto. Regresemos, pues, á nuestra aldea.

MARGARITA.—¿Cómo! ¿Antes de saludarla y hablarla?

LUISA.—Nada tiene ya que ver con nosotras; sólo se trata con príncipes y reyes... ¿Quiénes somos nosotras, para que por vanidad tomemos parte también en su gloria? Una extraña era para nosotras cuando vivíamos juntas.

MARGARITA.—¿Se avergonzará de nosotras, y nos despreciará?

BERTRAND.—El mismo Rey nos ha atendido, porque saludaba con afabilidad hasta á los más pobres. Por grande que sea ahora su orgullo, el Rey es más que ella. (Las trompetas y los timbales resuenan en la iglesia.)

CLAUDIO MARÍA.—¿Vamos á la iglesia! (Corren hacia el fondo y desaparecen entre la gente.)

ESCENA VIII.

THIBAUT, vestido de negro: detrás RAIMUNDO, que quiere detenerlo.

RAIMUNDO.—¡Estaos quieto, tío Thibaut! ¡Alejaos de este bullicio! No veis aquí sino gente alegre, y vuestra tristeza la ofende. Venid; abandonemos cuanto antes esta ciudad.

THIBAUT.—¿Has visto á mi desdichada hija? ¿La has observado atentamente?

RAIMUNDO.—¡Huyamos, por Dios!

THIBAUT.—¿Notaste cómo vacilaban sus pasos? ¿Cuán pá-

lida, cuán demudada parecía? Conoce su situación la infeliz hija mía. Este es el momento de salvarla, y no quiero desaprovecharlo. (Intenta irse.)

RAIMUNDO.—¡Quedaos! ¿Que os proponéis nacer?

THIBAUT.—Sorprenderla, precipitarla desde la cúspide de su loca fortuna; sí, á la fuerza quiero que vuelva á su Dios, de quien ha renegado.

RAIMUNDO.—¡Ah! ¡Pensadlo bien! Podría suceder que la perdiérais.

THIBAUT.—Viva su alma, aunque perezca su cuerpo. (Juana sale sin la bandera de la iglesia. El pueblo se atropella por adorarla y besar sus vestidos, y se queda en el fondo del teatro detenida por la muchedumbre.) ¡Ella viene! ¡Ella es! Sale pálida de la iglesia. Su inquietud la rechaza de ese lugar sagrado. ¡Es la justicia divina que se manifiesta!

RAIMUNDO.—¡Adiós! No exigid ya que os acompañe. Vengo lleno de esperanza, y me voy presa del más vivo dolor. He visto de nuevo á vuestra hija, y comprendo que la he de perder de nuevo. (Vase y Thibaut también, en dirección opuesta.)

ESCENA IX.

JUANA, el PUEBLO, y después sus HERMANAS.

JUANA. (Que se separa del pueblo y se adelanta.)—¡No puedo quedarme aquí!... Persiguenme fantasmas; los sonidos del órgano son truenos para mí; los bóvedas de la catedral parece que se desploman sobre mi cabeza. Ansío respirar libremente. He dejado la bandera en el santuario. No, jamás, jamás la tocaré! Se me ha figurado que he visto pasar ante mí, como en un sueño, á mis dos queridas her-

manas Luisa y Margarita... ¡Ay de mí! Era sólo una aparición engañosa. ¡Lejos están ellas, lejos é inaccesibles para mí, como la dicha de mi infancia y mi inocencia!

MARGARITA. (Adelantándose.)—¡Ella es! ¡Es Juana!

LUISA. (Corriendo á su encuentro.)—¡Oh hermana mía!

JUANA.—¿No era, pues, ilusión?... ¿Sois vosotras?... ¡Yo os abrazo; á tí, Luisa mía; á tí, mi Margarita! Aquí, en este lugar extraño, en este vasto desierto lleno de almas, abrazo yo á mis hermanas tan adoradas!

MARGARITA.—Nos conoce; es todavía nuestra buena hermana.

JUANA.—Y vuestro afecto vos ha traído tan lejos, tan lejos, hasta mí? ¿No miráis mal á vuestra hermana, que os abandonó con tanta frialdad, sin decirnos adiós?

LUISA.—Las órdenes misteriosas de Dios te lo ordenaban.

MARGARITA.—Tu fama, que pregona el mundo entero, que publican todas las voces, ha llegado hasta nuestra tranquila aldea, y nos ha guiado hasta fiesta tan solemne. Hemos venido á contemplar tu gloria, y no estamos solas.

JUANA. (Con prontitud.)—¿No está mi padre con vosotras? ¿En dónde, en dónde está? ¿Por qué me lo ocultáis?

MARGARITA.—Nuestro padre no nos acompaña.

JUANA.—¿No? ¿No quiere ver á su hija? ¿No me traéis su bendición?

LUISA.—No sabe que estamos aquí.

JUANA.—¿No lo sabe? ¿Por qué no?... ¿Os turbáis? ¿Calláis, y miráis al suelo? Decid, ¿en dónde está mi padre?

MARGARITA.—Desde que tú desapareciste...

LUISA. (Haciéndole una señal.)—¡Margarita!

MARGARITA.—Se puso triste...

JUANA.—¿Triste?

LUISA.—¡Consuélate! ¡Tú sabes cuán sensible es! Volverá á su anterior estado, y se considerará satisfecho cuando le digamos que tú eres feliz.